

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A PRECIOS SEGUN TARIFA. TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE AL DIRECTOR GERENTE.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Precio de suscripción

Murcia: Un mes. . . 1 peseta. Resto de España, un trimestre. . . 3 50 id. Precio de la venta 5 céntis. Ejemplar y 25. 75 céntimos

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y OFICINAS: SAURIN, 4.-MURCIA.

Año I

MURCIA.-Martes 18 de Diciembre de 1906

Núm. 94

EL DEMOCRATA agradece sinceramente cuantas frases de elogio, cariño y respeto han escrito sus colegas, en honor del que fué nuestro inolvidable amigo D. Eduardo Riquelme y Figueras.

PALABRAS, PALABRAS...

Los presupuestos no marean con la celeridad que fuera de desear. La discusión se hace minuciosamente, con pesadez. Las fundadas esperanzas que antes se tenían, se van desvaneciendo poco a poco. Ya que no se obstaculiza francamente, se hace con ciertas dobleces que ocultan las intenciones. Hechos y palabras prueban que existe un móvil grande, de importancia, en la fiscalización que se lleva a efecto en el capítulo de ingresos, como luego también ocurrirá con el de gastos. Se tiene el propósito de consumir el mayor tiempo posible, haciendo la discusión cominera, censora de minucias. Ganar el mayor número de días es la pretensión única de los fiscalizadores. Con ello, entre otras razones de íntima satisfacción, consiguen hacer imposible la aprobación de los presupuestos liberales e imposibilitan por tanto el cumplimiento de mejoras reclamadas por el país y prometidas por el Gobierno. Validos de la premura del tiempo, solapadamente, combaten cuanto pueden, y después, donde pueden ser oídos, prometen innumerables facilidades, ayuda eficaz, espontánea colaboración a la obra de los demócratas. Sólo que entre una y otra cosa existe un chico espacio, que no rellenan ni pueden rellenan con nada: la causa del discutir monótono y machacón. De esto nace el que, a pesar de los generosos ofrecimientos, no se crea nada. La incongruencia no se la explica nadie.

Se sospechaba que la tarea de discutir y aprobar los presupuestos, no era floja; más con todo y con eso, por causas particulares, de notorias conveniencias para todos, se creía que después de una discusión razonada, donde justificadamente se aguilatase los beneficios que cada cosa pudiera traer, terminaría el discutir con la aprobación. Mas no ocurre así. Se discute por discutir, sin la elevación que pudieran dar a la discusión cerebros como los de Azcárate, Maura, etc, etc, que poseen todos los requisitos necesarios para hacer—cuando quieren—obra patriótica allí donde se ventilan intereses en pró y en contra de partidos determinados. Los oradores en danza, como aquel famosísimo pintado por Blasco Ibañez—el protagonista de Entre naranjos—no se preocupan más que de ahitar de palabras buenas, vacías de sentido, el espacio comprendido en tres mortales horas de peroración descolorida, sin vida y sin jugo. Y sucede, naturalmente, que pasa un día y otro día sin adelantar un paso, rindiéndose culto tan sólo a la «verborrea» a que somos tan aficionados los españoles. Los gestos, las palabras se enlazan y se multiplican que es un gusto, haciendo furor; pero lo importante, lo que se discute, queda arrinconado, sirviendo de basamento a lo insustancial. Sirvió para dar relieve a la vanidad y lógicamente se echa a un lado así que no aprovecha.

No hay que creer en ofrecimientos de ninguna clase. Estos no sirven para nada, absolutamente para nada. Se promete con la misma razón que se niega. Los hechos son los únicos que prueban las promesas. Las palabras, y valga la paragrullada, son palabras tan sólo. Ahora se escuchan muchos ofrecimientos, se ven muchas cortesías, se habla de innumerables ofrecimientos; pero en la hora de probarlos, la complacencia oficiosa se torna en opositiva desconfianza.

Antes que nada se es político. Aquí lo único que precisa son realidades. Los presupuestos no se aprueban con el desmedido prometer; apruébanse, con el obrar. ¿Qué se consigue con las promesas de los elementos conservadores? Nada. ¿Qué se lograría con la probatura de las amistosas y patrióticas intenciones que dicen tener? Todo. La diferencia, no es tan nimia para que no se repare en ella. Entre lo irrito y lo real la separación es bastante grande para observarla. Si en realidad poseen esa amistosa intención, que la demuestren. De otra manera se dará el verdadero valor que tienen a las palabras pronunciadas amigablemente. La minuciosidad sin fundamento, ahora dice todo lo contrario de lo que las intenciones quieren hacer creer. Obstaculicérese con franqueza ó que no lo hagan. De eso depende únicamente la aprobación de los presupuestos.

Crónica

Obras de Arte

Para crear, para componer un cuadro, se necesitan muchos medios: el modelo, que el asunto se encuentre hecho en la mente del artista, que el fondo obedezca al conjunto de la composición, de la figura, que el color forme un todo armónico, que la proporción de la tela, que el título del cuadro...

Todos son medios necesarios de que el artista ha de disponer para emprender su tarea

No es posible ponerse ante una tela y decir a lo que salga; únicamente un jornalero del arte, ó un mediano gimnasta de la pintura, puede atreverse con esta empresa y esos no son artistas sou.... nigrománticos del arte.

Todo esto es necesario para hacer un cuadro, pero si difícil es esta labor, no lo es menor la labor del copista.

Colocarse delante de la obra de un genio; asimilarse aquella su escuela; identificarse con la psicología del autor, es labor más penosa que la primera.

Esta es la labor que un artista murciano, Antonio Nicolás, ha realizado en su corto viaje a Madrid.

Su labor ha sido la de un incansable amateur de los grandes clásicos.

En su estudio hemos visto una admirable copia: la de «Diana» de Rubens.

El estudio que ha hecho del color, lo deja a buena altura.

La copia del retrato de D. Fernando de Austria de Van Diek; el de Felipe IV de Velazquez y la del escultor Montañés del mismo, son valiosísimas telas por el ajuste del dibujo, por lo sencillez de factura, pues su ópera no ha sido la del pacienzudo copista, que tras larga lucha de procedimientos ha descubierto la difícil facilidad de aquellos maestros, con un árduo y penoso trabajo, hecho a fuerza de observar inútilmente.

Este artista ha visto claro en sus maestros.

Ha visto el giro de su pincel, é intuitivamente ha colocado el color, no por que su vista y su cerebro así lo discurrían, no, sino por que su corazón así lo sentía.

Otra copia maravillosa es la de la Fragua de Vulcano de Velazquez.

Indudablemente ha entendido a todos cuantos maestros copió.

Se ve en sus telas toda la intención que los originales ponen, todo el color, toda la pastosidad, todo el reposo,

todo el ambiente en fin. No son copias fantasmáticas. Este artista no se ha dejado guiar por impresionismos ni prejuicios de ninguna clase. Ha copiado en los maestros, lo que han hecho y como lo han hecho.

En cuanto a la interpretación de los retratos, ha tenido toda la delicadeza que se necesita para interpretar el refinado gusto y la delicada y elegante manera pictórica de Van Diek, ese aristócrata de la pintura, y ha tenido también la magstad y grandeza de alma suficiente para interpretar a Velazquez.

Antonio Nicolás empieza batiendo en los manuales puros é inagotables del genio: es de los artistas que seguramente llegarán, por su madurez en el pensar y por su constancia.

No ha mucho tiempo lo despedía en la estación de Murcia con algún sentimiento, y entre otras cosas le decía: ¡qué difícil es brillar donde hay tanta luz! Pero él, sin retroceder jamás ante el peligro, trabajó y luchó lo suficiente para conseguir la admiración de cuantos le veían en los museos, siempre con la paleta y ante un lienzo manchado.

Ahora piensa descansar un poco tiempo por después marchar a la corte, no sin hacer algo original que deje sentado algo de lo que después ha de ser su pedestal.

DIONISIO SIERRA.

DE MADRID

(De nuestro redactor-corresponsal)

¿De quién es la responsabilidad?

En el último número de «Nuevo Mundo», el notable escritor conservador Salvador Capals publica un hermoso trabajo como todos los suyos, intitulado «El escepticismo en política» en el que hace atinadas consideraciones sobre la falta de fe no ya del país, sino de los mismos políticos, cuya falta de fe se traduce en la vacilante posición que cada uno ocupa y en la inseguridad de las ideas que representan.

Encamina sus razonamientos el escritor mencionado a la limitadísima educación de demostrar que los liberales no son un órgano de gobierno, ni un partido siquiera, y que las divisiones que en su seno existen, mal cubiertos, por el egoísmo que les guía y les dicta sus aparentes compenetraciones, para disfrutar por turno el poder, le imposibilitan hoy de representar una esperanza para nuestros agudos males.

Aparte de la facilidad de replicar con argumento semejante en cuanto a los conservadores, de los que no puede separarse aún la sombra de Villaverde y el recuerdo del ministerio Azcárraga, y todo lo que, por estar tan cerca, nadie habrá olvidado, debemos mirar con más honda atención el punto tratado por el Sr. Canals.

El escepticismo político podrá encontrarse hoy más evidenciado en los liberales que en los conservadores, pero cómo dudar del sacrificio hecho por el Sr. Besada en el memorable debate sobre lo de Valencia? Unánime fué la opinión de prensa y políticos. El Sr. Besada no estaba en su centro: su dócil palabra no respondía a la actitud del notable parlamentario, que, como todos los grandes artistas de la palabra, han menester para ser dueños de sí mismos, tener una profunda convicción de lo que predicán.

Mirando en derredor de los conservadores ¿quién se atreve a sostener que Dato piensa como Maura en cuestiones sociales? ¿Piensa del mismo modo el marqués de Vadillo, en asuntos religiosos á como en ellos discurre Urzaiz? ¿Este ilustre ex-ministro tendrá en asun-

tos económicos criterio semejante á Osma?

Fuera inútil tarea proseguir enumerando; el mal es común á liberales y conservadores, á republicanos y carlistas, porque no se encuentra en el color político de cada uno, sino en algo más esencial, más profundo, más encarnado en nuestro modo de ser.

Y precisamente por ser así, la política democrática, llevada á la realidad con sincera decisión, puede hacer que el escepticismo, que invade por igual á los hombres políticos y al país, se cambie en fe bienhechora.

A los conservadores, con la mistificación de los procedimientos de su doctrina, les toca la mayor responsabilidad. Ellos, convulsando la esencialidad de su dogma, de moderada aceptación del progreso, que se impone, inquietismo mortal, en apegó á tradiciones que integran nuestra significación de país inculto, han hecho el mayor daño que hoy lamentamos.

La cristalización de sus normas de conductas, en elecciones, en nombramientos de cargos, en medidas de represión, en el desarrollo de la legislación social etc. etc., es ese escepticismo que señala con gran maestría el eminente escritor mencionado.

Certísimo que estamos indicados para los deberes que la ciudadanía exige, pero ciertísimo también, que esa educación no puede alcanzarse más que á costa de leyes liberales, de atención preferente á fomentar las fuentes de riqueza, la cultura en el pueblo hasta que se dé cuenta exacta de lo que la moral universal impone á todo hombre.

D. V.

17 de Diciembre 1906.

TEATRO ROMEA

La empresa de este teatro, después de los dos días en que no ha presentado al público obra alguna para ensayar debidamente varias zarzuelas de gran éxito, vuelve á abrir las puertas del Rómulo.

Mañana noche, ensayadas convenientemente, presentará dos estrenos, de obras que lograron y logran en Madrid extraordinarios éxitos.

«¿Qué se vá á cerrar?» y «La reina de la Dolores» son los estrenos anunciados, y basta fijarse en la sección de espectáculos de los periódicos de la Corte para comprender lo apauladas que son.

Para el viernes se prepara el estreno de «La pena negra» y el sábado la de «Angelitos al Cielo», que al efecto se están ensayando.

También la empresa, accediendo á los deseos de muchos asistentes á la sección «vernouth», ha acordado que desde mañana se restablezca.

Vicentina Silvestre

Ayer era una flor marchita antes de nacer; una flor sin aroma que el odio hacia unas gentes sin corazón deshojó á las plantas de una mujer que fué heroína en la defensa formidable de su honra.

Ni cariño hacia la mujer, ni admiración hacia la artista tejieron la corona que brilló un momento sobre su frente con fulgores siniestros para el fácil adorador de faz de monstruo. Fué coronada la virtud y fué coronada porque el odio tejió la corona: corona de hojas secas, de flores sin olor.

Hojas secas, flores marchitas sin color y sin aroma que tenían entonaciones de sangre y que dijeron ansias eternamente insatisfechas. Fueron emblema de venganzas nuevas que nacían á la vida para agitarse en el aire como un torbellino de rencores y mantener en los corazones el grito perenne quejumbroso de unos vasallos.

El arte fué hallado impiadosamente

en el nombre de Matilde Zapatez, por sus más esclavos, y llegó la humillación tan honda, como hondo se agitaba en el corazón del pueblo el noble sentimiento que la causara.

El triunfo no fué de la mujer; ni fué de la artista: fué el triunfo de una causa vieja rejuvenecida por un torrente de savia nueva. Pasó y su recuerdo es estela imprecisa que pone alegrías en el alma por la conquista efímera que significa.

Hoy es otra mujer; una mujer adorable y una artista admirable y admirada á quien yo rindo en estas ásperas líneas pleito vasallaje por su gracia, por sus simpatías y por su talento.

Y conste de antemano que este á modo de juicio, no es glosa de palabras nacidas al calor del apasionamiento. Ellas son reflejo fiel de impresiones que al azar quedaron grabadas en mi cerebro y que hoy pasadas por el tamiz de la imparcialidad me atrevo á ofrecer á la simpática, como ofrenda sin más valor que el de la justicia escasa que encierran.

Vicentina Silvestre, la artista tan querida del público murciano que hoy causa las delicias del nuestro es, (y valga el modismo vulgar) una artista de cuerpo entero.

Pero ¡ay! noto que mi cerebro al hablar de tal mujer, se desvía tenazmente del camino que intenta á correr arrebuñado en el manto descolorido y viejo de lo vulgar y prosaico y el corazón, el corazón se sobrepone y habla entrando en los floridos, deliciosos senderos.

Y habla el corazón de un palacio donde hay cortinones espléndidos y magníficos espejos y millares de luces y cientos de damas elegantes con deslumbrantes tocados y caballeros angudos de gravedad... y hay un príncipe sentado en rico trono guarnecido de pedrería...

En la calle, el alegre murmullo de la muchedumbre acompaña á Colombine á su paso y la gritería ensordecedora tiene á veces notas vibrantes de himno triunfal. Arlequin divierte con sus piruetas; Pierrot con sus cómicas gesticulaciones...

El príncipe apoyado en la regia bañada sienta á Colombine en su corazón... y luego á través de la trágica historia orlada de luminosas melodías, Colombine hace pensar hondamente cuando busca ansiosa un brillante despedido del collar que retrata su infidelidad y no ve en los ojos llorosos de Pierrot la angustia que se agita en su alma: Colombine es Vicentina Silvestre artista. Vicentina Silvestre es el grumete valiente y descarado que hace sentir hondamente su papel porque en él pone su alma toda; su alma que debe ser muy grande.

En «La Tempestad», en «Marina», en «La Revoltosa», en todas las obras que lleva hechas, Vicentina Silvestre es la nota alegre, vibrante, luminosa que á veces brilla dulce y melancólica, á veces deliciosamente voluptuosa, á veces locamente acariciadora con sus expansiones infantiles denunciadoras de intensos y firmes amores.

El corazón calla por que quizá presiente que no hablo de la artista como la artista misma se merece... y la cabeza que ha reconquistado su dominio, dice que Vicentina Silvestre es mucho más de lo que el corazón dijo haciendo escasa justicia.

Federico A. Bravo.

La Unión 14 de Dbre. 1906.

Junta provincial de Instrucción pública

El lunes en la noche celebró sesión esta junta, bajo la presidencia del señor Gobernador, habiendo concurrido los vocales señores Servet, Pausa, Montesinos, López Gomez, Garcia Muñoz, Serrano, Garcia Avilés, Cazaña, Baque...

